



Arzobispado de Mercedes-Luján

## ***“Nuestra Esperanza tiene Historia”***

### **Homilía de la Peregrinación Arquidiocesana**

Con ocasión del inicio de las celebraciones por los 90 años

---

Santuario de Luján, 12 de mayo de 2024

Querida Iglesia de Mercedes-Luján

En el segundo año del Sínodo, cuando estamos queriendo descubrir y concretar qué es lo que Dios nos está pidiendo para ser mejores *evangelizadores y catequistas hoy*, comenzamos en este día de nuestra Peregrinación Anual, a recorrer el camino de los 90 años de vida de nuestra Iglesia Arquidiocesana. Y lo hacemos aquí, en nuestro Santuario de Luján, celebrando a los pies de nuestra Madre. Los invito a poner en sus manitos, lo que fuimos, lo que somos y lo que estamos llamados a ser.

En estos tiempos complejos y delicados del mundo y de la Patria, nos disponemos a seguir caminando como lo hicieron nuestros mayores. ¿Cómo no recordarlos a ellos que han dado su vida y tanto han trabajado para ser la Iglesia que somos?

Venimos como peregrinos, como caminantes, con 90 años de historia sobre nuestras espaldas, para lanzarnos hacia el futuro con enorme esperanza.

El Evangelio de Marcos que hemos proclamado ilumina este momento de nuestra Iglesia Arquidiocesana.

Jesús vuelve a su Padre, con la novedad de su humanidad. En Dios hay un hombre que venció la muerte y nos abrió las puertas para que tengamos la certeza que la vida es más fuerte que la muerte. De alguna manera, en Él, estamos todos nosotros.

Pero el evangelista Marcos, además nos dice, que antes de Ascender al cielo, Jesús envía a sus discípulos con el mandato de “sumergir”, es decir, bautizar a toda la creación, a todo el mundo, a todas las personas. Jesús los manda a llevar el Amor de Dios a todos lados y a cada persona. Y les asegura su compañía y la fuerza para encender al mundo con la Buena Noticia del Reino, y los invita a hacerlo sin miedos, porque su promesa es que nada, ni nadie, podrá detenerlos.

También hoy la Palabra de Dios nos habla a nosotros que somos sus discípulos y discípulas y nos invita: a caminar con esperanza, a evangelizar y a hacerlo sin miedo.

## ¿Por qué estamos invitados a caminar con esperanza?

Porque Jesús está al lado de su Padre y nosotros que somos sus seguidores, sabemos que allí también está nuestro lugar definitivo. Nuestra esperanza es que nuestra vida está orientada, tiene sentido, sabemos hacia dónde caminamos y cuál es la meta.

Es verdad que también tenemos la esperanza que las cosas cambien para bien. ¿Cómo no tenerla? Claro que esperamos que haya trabajo, que no tengamos un país sumergido en la pobreza, que nuestros niños y abuelos vivan con dignidad, que los jóvenes tengan oportunidades, que todos los argentinos tengan un buen pasar. Aún más, esperamos que no haya corrupción, que haya solidaridad, justicia social, que se trabaje por el Bien Común y que de verdad se luche contra las adicciones y el narcotráfico. Pero esperamos mucho más, que salgamos de la decadencia moral y ética en la que estamos, que se viva en la verdad y no en la mentira, que haya un orden justo y no de tanta injusticia, que el amor y la generosidad sean parte de la vida cotidiana y no el egoísmo y el individualismo.

Pero todo esto que esperamos que es tan importante y fundamental para este tiempo histórico que vivimos, si está “orientado” y “encaminado” hacia Dios, la vida tiene un horizonte tan potente y tan grande, que todo esto bueno que deseamos y esperamos, queda iluminado por la Luz que es Jesucristo, y todo lo humano, se vuelve aún más humano, más digno, más pleno.

Tener en el corazón el don de esta Esperanza grande, nos ayuda a superar todas las frustraciones que vienen con las contradicciones y con el mismo pecado. Claro que entiendo los enojos, las tristezas y dolores por los fracasos que nos toca vivir. Pero la Esperanza infunde en nosotros una Luz y una Fuerza que nos ayuda a levantarnos una y otra vez para seguir caminando.

Esperamos por supuesto vivir en una mejor argentina, con una mejor política, una mejor economía y una mejor sociedad, pero nosotros esperamos mucho más. Todo esto que es fundamental, no nos alcanza, esperamos mucho más, esperamos “*un cielo nuevo y una tierra nueva*”. Y tenemos la certeza que esto ya lo alcanzó Jesucristo y lo alcanzó para nosotros. Tenemos un “ancla” en el cielo, Jesús es el ancla que ha fijado nuestra vida hacia Dios y para Dios. Allá vamos y eso no lo detiene nadie.

El lema de nuestra peregrinación y celebración por los 90 años de nuestra arquidiócesis es muy fuerte: “***Nuestra esperanza tiene historia***”.

Es fuerte, porque la esperanza está en Dios, hacia adelante en el cielo, en Jesucristo. Pero si sabemos mirar nuestra historia, podremos descubrir que el Dios hacia quien vamos caminando y que orienta el camino, ya lo viene haciendo. Lo repito, ¡ya lo viene haciendo! Entonces, necesitamos hacer memoria y descubrir su presencia en nuestras comunidades. Porque, atención, si nos damos cuenta que cada vez que en el pasado, superamos una situación difícil y dolorosa Él estaba; o también, si descubrimos que cada vez que en el pasado, conseguimos algún logro, es porque Él lo hacía en nosotros. Por tanto, si descubrimos en lo concreto, que Dios estuvo siempre, nuestra esperanza se enciende aún más.

Para vivir este tiempo con Esperanza, necesitamos descubrir que Dios está vivo y lo podemos hacer mirando hacia adelante, hacia el futuro, pero también hacia atrás, hacia nuestra historia.

Les pido que celebrando los 90 años de vida, se tomen el tiempo de hacer la memoria de sus vidas comunitarias y luego, lleven todo lo descubierto a las eucaristías y celébrerlo. Cuando descubran que Dios estuvo en ese momento de la historia de la comunidad, por favor, celébrerlo, no dejen de llevarlo a la acción de gracias que la comunidad hace el día del Señor.

### **Lo segundo que nos dice la Palabra es “Vayan por todo el mundo”.**

En el Sínodo queremos descubrir cómo hacer juntos ese “vayan”, ese mandato misionero que nos hace Jesús. Y estoy seguro que el Espíritu del Señor nos lo hará saber, porque estamos haciendo un muy buen camino y lo hacemos en su nombre. Puede ser que algunos no le den la importancia que esto tiene. Son pocos. ¡Qué pena! ¡Qué pena no sentir con la Iglesia!

Estamos en un tiempo del Señor. Necesitamos del fuego de su Espíritu encender nuestras vidas y la de nuestras comunidades, para sumergir en el amor de Dios a toda persona. ¿Se imaginan, en estos momentos de tantas dificultades y penurias, cualquiera de nosotros, poder ir hacia un vecino, o hacia un compañero de trabajo, con humildad, con sentido de la oportunidad, con sentido común, pero con valentía y con palabra y gestos, sumergirlo en el amor de Dios? ¿Se imaginan a una comunidad parroquial o a un colegio, transformando el barrio o el entorno, con una catequesis para niños y adultos, abierta, alegre, esperanzada y que ayude a dar un nuevo sentido a la vida?

Jesús nos envía a todo esto y mucho más.

Hay una pastoral de juventudes que veo activa, motivada, con ganas, buscándole la vuelta a cómo evangelizar a los jóvenes, pero también al mundo y a la cultura. Ustedes no son el futuro, son el presente. Les agradezco que trabajen apostólicamente con tantas ganas y seriedad.

Estoy muy seguro que en este camino Sinodal, el Espíritu nos irá indicando el camino que nuestra Iglesia debe recorrer hacia adelante.

### **Lo tercer que deseo compartir es que Jesús nos invita a salir a evangelizar “sin miedos”.**

Tenemos una certeza fundamental que el Apóstol Pablo la expresa de una manera bellísima y contundente: *“Nada ni nadie podrá separarnos jamás del amor de Dios manifestado en Jesucristo, nuestro Señor”* (Rm 8,35, 37-39). Jesucristo y su Amor por cada uno de nosotros, es el fundamento de nuestra fortaleza para encarar la vida cotidiana, la evangelización, la catequesis y el futuro mismo.

Los miedos nos paralizan, es decir, nos dejan sin palabras ni gestos frente a la realidad. La falta de entusiasmo, la desmotivación, el desánimo, tienen en el fondo algo de esa parálisis que generan los miedos cuando nos pone frente a la vida como una realidad que siempre nos sobrepasa y aplasta. Para el miedoso, la realidad siempre es difícil. El miedoso es pesimista.

Los miedos nos encierran, y eso se manifiesta de diversas maneras, como, por ejemplo: el *“siempre se hizo así”*, la falta de creatividad, el optar continuamente por el mismo grupito, por una comunidad que se corta sola, con rasgos sectarios.

Los miedos nos confunden, nos hacen ver mal la realidad e interpretarla peor. Nos llevan a hablar demás, con chusmerío, con falsedad. Permitirnos estar en la confusión es una manera de caer en la desesperanza y en el entumecimiento de la fe. En el fondo, es una manera de darle entrada al demonio.

Una Iglesia que se aferra al Amor del Señor, sin dudar nunca jamás de Él, es una Iglesia que puede: *“arrojar a los demonios en su Nombre y hablar nuevas lenguas; tomar a las serpientes con nuestras manos, y si bebemos un veneno mortal no nos hará ningún daño; impondremos las manos sobre los enfermos y se curarán”* (Mc 6,16-20).

Esto significa varias cosas: que adquiriremos en nuestro modo de ser Iglesia, de evangelizar, de catequizar y de salir, la capacidad de: combatir contra el Mal en serio, no contra males menores, combatir contra lo que de verdad mata la vida. Significa que podremos comunicarnos con toda persona y todas las personas, y podremos hacerlo con libertad y confianza, especialmente las más alejadas del Señor, para que nos entienda y entienda el Evangelio. Que podremos estar en situaciones muy difíciles, llenas de veneno, para invitar a transformaciones profundas para superar todo tipo de odios. Que podremos llevar la salud en todos sus sentidos, transmitir el deseo y las ganas de vivir, el sentido de la vida, el perdón y la paz.

Podemos aspirar a ser una Iglesia sin rigideces, sin una falsa moralidad, sin tantas trabas hacia adentro y hacia afuera, que nos dificultan ser comunidades llenas de vida, con una forma de celebrar y de hacer nuestras liturgias, que sean verdadero encuentro con el Dios de la vida.

Deseo de todo corazón que nuestra Iglesia le habrá las puertas de verdad a los pobres, porque de todo esto, de vivir sin miedos, de afrontar la vida con fe y esperanza, saben mucho, muchísimo y podrían muy bien evangelizarnos a los que muchas veces nos creemos seguros, que no necesitamos ni de los otros, ni de Dios.

Deseo una Iglesia llena de jóvenes, en la que puedan sentir la alegría de seguir a Jesús e incluso de consagrar sus vidas totalmente por el Reino.

Todos estos deseo y anhelos, todo, absolutamente todo, no lo alcanzamos por nuestras propias fuerzas, o por nuestros logros sinodales, por nuestra inteligencia y voluntad. Sino por la gracia de Dios, por la fuerza del Espíritu Santo que actúa en nosotros para el bien de todos.

No olvidemos entonces de rezar para pedir que *“venga a nosotros en Espíritu del Señor”*.

Me siento en absoluta comunión y en sintonía con nuestro querido Papa Francisco que nos ha regalado un Año Jubilar y que expresa con otras mejores palabras lo que les he compartido. Es muy inspiradora *“Bula de convocación del Jubileo ordinario 2025”*, llamada: *“Spes non confundi”*, *“la esperanza no defrauda”* (Rm 5,5), que nos ha enviado en estos días.

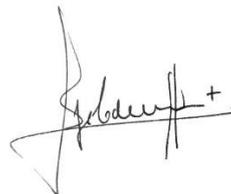
Por tanto, el año 2025, habiendo terminado nuestro Camino Sinodal, iremos concretando lo que el Sínodo determine e intentaremos vivirlo en el espíritu del año Jubilar, que es un espíritu de Misericordia y Perdón.

Sigo creyendo que todo lo va llevando el Señor *“al ritmo de su Espíritu”*.

Estamos en la Casa de Nuestra Madre, que es nuestra Casa. ¿Nos damos cuenta de lo que esto significa? Somos la Iglesia que debe cuidar de Ella y esto significa que debemos facilitar que los millones de personas que aquí se acercan, sin hacer de nuestra parte ningún esfuerzo, puedan encontrarse con ella. Aquí hay un pozo de sabiduría pastoral. Aquí podemos encontrar muchas de nuestras claves y núcleos pastorales. Aquí podemos descubrir cómo hacer evangelización y catequesis hoy.

Permítanme decirles que estoy inmensamente feliz del camino que estamos transitando: Camino Sinodal y de los 90 años. Dos caminos que en realidad son uno.

Ofrezcamos al Bueno de Dios y a María de Luján, todo, absolutamente todo. Ofrezcamos el pasado, el presente y el futuro. Amén Amén.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Jorge Eduardo Scheinig', with a small cross symbol at the end.

+ Jorge Eduardo Scheinig  
Arzobispo Metropolitano de  
Mercedes-Luján